



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN MISS MARPLE

Cada historia es un desafío:
un puzzle intelectual que invita
a unirse en la búsqueda de pistas
y la revelación de secretos.
La agudeza y el ingenio del
misterio clásico dieron paso a
la mejor y más astuta detective
de todos los tiempos, de la mano
maestra de Agatha Christie.
Prepárate para sumergirte en
mundos donde la lógica y la
intuición se unen en la caza
del crimen perfecto.



 THE
ORLANDO
BOOKS

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS



PATRICIA SUÁREZ

CIENT MANERAS DE MATAR A BEA SULEIMÉN

CIENT MANERAS DE MATAR A BEA SULEIMÉN

PATRICIA SUÁREZ



COLECCIÓN
MISS MARPLE

PATRICIA SUÁREZ (1969) es dramaturga y narradora. Escribió numerosas obras de teatro y libros de ficción. En 2003 recibió el Premio Clarín de Novela por *Perdida en el momento*. Publicó las novelas *Ambar* (2020), *Gula* (2021), *Envidia* (2023) y *Segunda chance* (2022). En 2007 recibió el premio de la revista *Eñe* de Madrid por su cuento «Anna Magnani», y al año siguiente publicó la novela corta *Álbum de Polaroids*. En 2020 recibió el Premio de Teatro José Moreno Arenas de Granada por *Reproche*. En 2021 se estrenó el musical *Ella es tango*, en el teatro Gala de Washington, con textos de la autora, y en Madrid, su obra *El fruto*.

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS



THE ORLANDO BOOKS

Dirección general y editorial: Marcela Citterio

Edición: Mónica Deleis

Corrección: Mimi Romanz Giordano

Al Art de cubierta: L. A. Zabrana

Especialista en diseño y producción de libros: Valeria Miguel Villar

Gerente de Alianzas editoriales y supervisión de contenidos: Marcela Aguilar

Jefa de producción: Angela Ardila

Producción Artística: Chiara F. Citterio

CFO: Rolando Falconé

y

Creativo digital & estrategia y comunicación: L. A. Zabrana

@Patricia Suárez, 2024

@The Orlando Books, 2024

www.theorlandobooks.com

Primera edición: febrero de 2024.

ISBN: 978-631-90327-3-4

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Suarez, Patricia

Cien maneras de matar a Bea Suleimen / Patricia Suarez. - 1a ed. - Caseros : The Orlando Books, 2024.

344 p. ; 22 x 15,5 cm.

ISBN 978-631-90327-3-4

1. Novelas Policiales. 2. Crímenes. I. Título.

CDD A863


Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

Este libro se terminó de imprimir en febrero de 2024, en Livriz, Buenos Aires, Argentina.

CIEN MANERAS DE MATAR A BEA SULEIMÉN PATRICIA SUÁREZ




THE ORLANDO BOOKS
COLECCIÓN MISS MARPLE

Escaneá el código QR y disfrutá la *playlist* del libro en  Spotify.



Para Tesy Mano, por su inquebrantable aliento



«La tierra tiene burbujas igual que el agua,
y eso eran estas: ¿por dónde se han desvanecido?».

Macbeth, William Shakespeare

Parte I

EL CUERPO

Capítulo 1

30 DE DICIEMBRE, 11.03 P. M.

Apenas pasadas las once, retiraron el cuerpo del canal. El agente a cargo, Rafael Patricio Reyes, realizó una inspección rápida para tomar las notas de rutina en su libreta, que después entregaría al comisario. El fiscal Noé Pyzik y el resto de los agentes cercaron el lugar y sacaban fotos. Buscaban pruebas. El fiscal señalaba aquí y allá, pero no había mucho por recoger. Era un hombretón grande, de cabello colorado y con el rostro, haciendo juego, de pura furia. Había llegado a toda velocidad, comiéndose semáforos en rojo como nueces de sobremesa, procedente de la provincia, donde se encontraba compartiendo un brindis con algunos de sus paisanos en un restaurante de comida polaca. No podía hacerse el tonto cuando sonaba la radio: le tocaba correr adonde lo llamaran. No había excusas: ni que se le pinchara un neumático ni que le diera una pulmonía doble. Saludó al agente con la cabeza y se metió dos antiácidos masticables en la boca.

—¡Malditos suicidas! —chilló al aire, a nadie en especial—. Porque esto es un suicidio. No me van a venir con un crimen truculento. Para las Navidades no hay crímenes truculentos. Lo que habría que hacer es matar a Papá Noel y a los Reyes Magos; todos estos desastres los causan ellos. No hay loco al que no se le dé por suicidarse en esta fecha. Es como una moda, un oleaje. Los odio. Los odio con toda mi alma. Digo esto y no lo escuchó nadie, eh: *nadie* —aclaró, mirando a los ojos especialmente al agente Reyes—. Deberían tirar napalm en el pabellón de depresivos. Depresivos o lo que sean los que intentan matarse; porque, si hay una mínima, diminuta posibilidad de suicidarse con éxito, seguro será en las fiestas de fin de año. Y seguro, seguro, porque el universo me detesta, será cuando yo esté de guardia. Ya van dos años seguidos que me toca la guardia navideña: me toman el pelo, ya lo sé. El juez, una maldición, me promete el ascenso si hago las guardias. Las hago, ¿y qué pasa? Nada. Eso es lo que pasa.

Después soltó una andanada de nombres a modo de amenaza encubierta: Gustavo, Marcelo, Alejandro, Domingo. Pyzik conocía a todos los agentes por su nombre de pila, era proverbial su memoria. A Rafael Reyes no lo conocía, era un policía de la ciudad, que no estaba bajo su mando. Noé tenía más de quince años en las fuerzas y esperaba el ascenso antes de retirarse, cuestión que la pensión jubilatoria fuera un poco más alta y no lo hiciera pasar necesidades. Una de sus frases favoritas, justamente, era «este país está empeñado en hacer pasar hambre a la gente como yo».

Reyes se acercó al fiscal para observar la escena, cuidando de no entorpecerlo y acrecentar aún más su pésimo humor. Se

trataba del cuerpo de una joven sin identificación, de entre veinte y treinta años, caucásica, metro setenta y cincuenta kilos de peso, poco más, poco menos. El agua no había llegado a hinchar demasiado el pecho: solo el tórax. Cabello largo, rubio. Llevaba un vestido de bambula y una sola zapatilla, estilo guillermína, de baile. La zapatilla que aún calzaba parecía de marca, pero él no se atrevió a tocar el cuerpo. Esas eran las normas. A primera vista, la joven no tenía señales de forcejeo ni de haber sufrido una muerte violenta. Por el sitio donde había sido encontrada —contra las piedras de la orilla—, era posible que se hubiera subido a la estructura del puente colgante viejo para «hacer equilibrio» y caminar por los tirantes. Alguien había llamado, un conductor de Uber que se dirigía a buscar unos pasajeros a la provincia para traerlos hasta la ciudad. El denunciante parecía muy asustado, no quiso proporcionar su nombre, y de la Central no pudieron rastrear el teléfono, debido a la fecha en la que estaban, con mucha congestión en las líneas, si no, bastaban sólo once segundos para descubrir su identidad o, al menos, para saber desde dónde se comunicaba. En la comisaría, además, estaban todos de fiesta; una vergüenza. Igualmente, había que admitirlo, mascó el agente, lo pensaba de pura envidia.

Si la joven hubiera caído o hubiera sido arrastrada al otro lado del Riachuelo, sería un caso de la Policía Bonaerense. O, más bien, de la Policía Federal. Solo que la Policía Federal no actuaba sobre las zonas portuarias y, al parecer, al Riachuelo lo consideraban un puerto. Vaya uno a saber si pasaba algo que se pudiera llamar «barco» y no «bote» por esas aguas. Reyes se quedó pensando si

era buena o mala suerte que a la chica le tocara ser *servida* por los agentes de este lado.

Era 30 de diciembre, todos estaban en la celebración de fin de año de la fuerza. El fiscal gritaba con su voz estentórea, dando órdenes e injuriando a Dios. El agente tampoco se quedaba atrás, aunque, para sus adentros, reconocía que, de acuerdo con las reglas no escritas de la Policía de la Ciudad, ellos no debían manifestar su cólera. Habían echado a suertes quiénes harían la guardia esa noche, mientras los demás bailoteaban en el Club Policial. A mitad de la fiesta iban a rifar, entre los presentes, los premios anuales comprados gracias a un aporte especial del Gobierno de la ciudad: un fin de semana en Carlos Paz, Córdoba, en un hotelito con vista al lago San Roque; una heladera, y hasta —decían— un Ford K cero kilómetro de dos puertas, ya listo para su uso, con patente y seguro incluidos. Era la primera vez que rifarían un auto y nadie se quería perder la fiesta. Todos se pondrían sus galas, compradas en las tiendas que les hacían una bonificación porque ellos cuidaban la puerta y pedían con gentileza, a las señoras sospechosas, que abrieran sus carteras o sus bolsos —tenían el derecho de negarse, por lo que había que ser amable y rotundo al mismo tiempo— para examinar la mercadería que llevaban dentro. Las ladronas, conocidas como «las mecheras», emitían un olor especial, que derramaban como un perfume por toda la calle Florida. No resultaba difícil detectarlas, lo complicado del asunto estribaba en no armar un escándalo que alterara al resto de los compradores de la tienda. Las mecheras siempre elegían el escándalo, se negaban a abrir la cartera y enseñar la

mercadería, chillaban que les estaban faltando el respeto, y al guardia no le quedaba más opción que esperar un gesto del jefe de sección de la tienda para dejarlas ir con la mercancía robada y salvaguardar la paz del lugar, o jugarse hasta el final y detenerlas.

Maldita guardia... ¡Necesito imperiosamente un auto!, se dijo mientras observaba, a un lado y al otro, el cráneo de la joven ahogada para saber si presentaba alguna abolladura o una herida punzante: no la tenía, al menos no a simple vista. Bautizado Rafael por un abuelo, Patricio por el otro, y Reyes porque la familia provenía de un Oleiros en Galicia, él, Rafael Patricio Reyes, necesitaba una vida en la que un coche suyo, ¡algo suyo al menos!, lo hiciera sentirse mejor. La cabeza de la ahogada se veía redonda, sana; los labios, verdes, producto de la asfixia, o bien podía ser por cosméticos, si es que venía —tal como parecía— de una fiesta. *Nada hay más penoso para un oficial que subirse al colectivo todas las mañanas para ir al trabajo en la comisaría*, pensaba el agente Reyes. Pasarse el viaje de pie, mirando por la ventanilla para no ver, en los ojos del resto del pasaje, el odio que les profesaban a los agentes, un odio ancestral, visceral, sin que hubiera amabilidad alguna de su parte que pudiera vencerlo. Ese año, otro ganaría el auto, no él.

Capítulo 2

30 DE DICIEMBRE, 11.45 P. M.

La muerte, a ojos vista, parecía provocada por la inmersión. La joven ahogada seguramente venía de una fiesta —aún tenía purpurina en los hombros y el escote; también, algo de maquillaje—, y los jóvenes solían *jugar*, como una prueba de su valentía, a subirse y caminar por los tirantes del puente, estando borrachos. Si la chica estaba alcoholizada, eso le habría impedido reaccionar al caer al agua y nadar hacia la superficie. Aunque resultaba difícil determinar con rapidez cuál era la superficie y cuál el lecho debido a las oscuras aguas contaminadas del Riachuelo, sobre todo de noche. Tranquilamente podría haber nadado hacia el fondo creyendo que lo hacía hacia la superficie y, así, perdió las fuerzas y se ahogó. Había una leyenda urbana relacionada con el Riachuelito: un monstruo transparente que ascendía de manera repentina y se llevaba a los que cruzaban esas aguas oscuras —ilegalmente— en bote, hacia el fondo, hacia la muerte. Reyes no

creía en nada, pero al comisario le iba a encantar que se la contara: las coleccionaba. Tenía el sueño de escribir un libro una vez que se retirara.

Lo extraño era que la chica estuviera sola, ejercitando su equilibrio después de una fiesta. Si era una prueba entre amigos, pensaba el agente, alguno debería haberse tirado a sacarla. *También es cierto que la juventud está podrida y cada generación es más egoísta que la anterior*, se dijo, aunque él, con veintiséis años recién cumplidos, era joven y no tenía un pelo de cobarde y poco de egoísta. Al fin y al cabo estaba ahí, respondiendo a su guardia, en lugar de estar en el sorteo del Ford K. Era, como le habían dicho alguna vez, la mosca blanca.

El de esa chica tampoco era el primer caso de caídas fatales; había habido otros: como el de dos años atrás, cuando un chico murió al dar su cráneo contra las rocas, en lugar de al agua. Había calculado mal al tirarse. Los padres habían estado horrorizados, no podían dar crédito a que su hijo hubiera sido semejante imbécil.

—Tienen que tirarle una bomba a este puente de mierda —aseveró el fiscal.

Pero no la iban a tirar, porque era pintoresco, porque evocaba los inicios del siglo *xx* en la gran ciudad. Incluso, hacía menos de un mes que acababan de darle una mano de pintura roja. El arrabal y el puente atraían al turismo extranjero, y la ciudad tenía el plan de ponerlo en valor; además, entre los planes del jefe de Gobierno, seguro figuraba construir algunas torres privadas, para gente que ganaba tanto como él. Nadie lo había enunciado en voz alta todavía, pero ya era un secreto a voces.

Reyes escribió las primeras notas y esperó a que llegara la ambulancia para trasladar el cuerpo a la morgue. Cuando se acercó el paramédico, le preguntó si iría con ellos. El fiscal se había plantado y volvería al restaurante polaco en la provincia, para llegar aunque más no fuera a los postres. Estaba harto de ser el que siempre recibía las cachetadas en la fuerza, el bufón, el pelele de los jueces de turno. Plantó bandera y se marchó; con él también se fueron los oficiales y el cabo. El agente Reyes asintió, pero ¿quién vigilaría la zona, entonces? Se encogió de hombros; no tenía respuesta para todo, no era Dios. El protocolo establecía que él debía subir con los paramédicos, debía acompañarlos a la Morgue Judicial y entregar el cadáver al médico forense de turno. Se sintió un idiota cuando pronunció esa frase, ¡un policía de caricatura sacado de los dibujos animados!

—¿Qué forense está de guardia hoy? —preguntó el fiscal.

—Souza.

—¿Qué Souza? ¿Teresa, la de siempre? —consultó el paramédico.

—Teresita —lo corrigió Reyes—. Teresita Souza.

—¿Es su amiga? ¿O lo dice porque es bajita? —preguntó el fiscal.

—Se llama así. Ella dice que se llama así.

—Pero ¿es su amiga?

Reyes se sorprendió ante la insistencia del paramédico y la mirada atenta del fiscal.

—No, apenas si la vi alguna vez —mintió. Se habían cruzado algunas veces en el edificio, y había estado aquella vez en que se encontraron en el merendero de la Policía, en San Miguel, donde

habían charlado un rato. Después pasó lo otro, lo de la cerveza, pero quizás ella no lo recordaba.

—Mejor que no lo sea: Teresa, *Teresita*, como la llama usted, es una patada en el culo —señaló el fiscal.

—Eso dicen por ahí —reconoció Reyes.

—Esa mujer está loca —concluyó el paramédico, y Reyes ya no quiso saber por qué.

Alguien había hecho correr la bola de que estaba embarazada, y eso la tenía de peor humor últimamente. No había padre de la criatura. La forense era de las que no apoyaban el aborto y pensaba tenerlo como fuera. El agente Rafael Patricio Reyes no estaba seguro de que fuera a parirlo y criarlo porque era antiabortista. También podía incidir la edad, «el reloj biológico», como le dicen, porque Teresita debía andar por los cuarenta fácil, y hasta, tal vez, un poco más. No hay muchas posibilidades de engendrar hijos para las mujeres a esa edad... Por otro lado, también podía resultar que ese embrión, ese feto, fuera fruto de una relación con alguien de arriba, uno importante que manejara los hilos, un político: ellas sabían cómo hacer eso de tener el hijo de un personaje importante. Parecía haber una escuela, la misma que seguía la nobleza o las divas de Hollywood: ninguna terminaba teniendo un romance con un chofer de Cabify o con un entrenador personal de aerobics. Ninguna no, se corrigió mentalmente, porque hubo un par que sí. O quizás sí existían, y era él quien se sentía invisible para ellas, por esa fea cicatriz que se había hecho de chico, cuando el tío lo llevó a cazar un tatú mulita, y acabó hiriéndose accidentalmente con el cuchillo, y dejó escapar

al bicho. ¿Qué mujer lo podría querer así? Diecisiete puntos de la frente a la mejilla, pasando por encima de la nariz.

La joven ahogada, a sus pies, tenía toda la pinta de ser de las que se enredaban con un don nadie.

Los camilleros se las vieron negras para cargar el cuerpo. Estaba llena de agua. «Pesa una tonelada», se quejó uno grandote, un tipo de unos cincuenta años, de casi dos metros. El otro le hizo un chiste: «Si no chuparas tanto cada vez que tenés franco, podrías cargarlo como si fuera una pluma». El camillero resopló, tomaba vino desde que era un bebé, la única manera que su madre había encontrado de calmarlos a él y a sus hermanos. Eran una parva, todos seguiditos. Ya había perdido la cuenta de cuántos eran en realidad, todos hijos de su madre.

Detrás de los edificios de la provincia, amanecía. Un sol rojo y brillante, como habrían sido los labios de la joven la noche anterior, cuando participó en la fiesta de fin de año, debajo del labial verde que se había puesto para ir a lo de esos a los que, seguro, llamaba sus amigos.

Capítulo 3

31 DE DICIEMBRE, 12.30 A. M.

Llegaron a la Morgue Judicial muy rápido. Las calles estaban desiertas; las fiestas caían en viernes y sábado, y eso, sumado al domingo, había propiciado que mucha gente saliera de la gran ciudad. Habían huido en manadas, una estampida como esas de búfalos que se ven en los documentales de animales. Reyes, cuando se aburría, miraba videos de animales en YouTube. Estaba seguro de que alguna enseñanza debían impartir, igual que los animales de las fábulas que aprendió de chico en la escuela. *El cuervo y el zorro; El zorro y la cigüeña...* En las fábulas, el zorro era siempre el vivillo que, a la larga, terminaba burlado: el burlador, burlado.

Podía permitirse pensar en cualquier cosa arriba de la ambulancia.

El cadáver hedía a podrido, pero no era el olor de la chica, sino el de las aguas pantanosas del Riachuelo. ¿Qué era, en verdad, el Riachuelo? ¿Un desagüe del Río de la Plata?

—No hay un alma dando vueltas... —murmuró el conductor de la ambulancia, y el agente se sobresaltó. Todo ese asunto de viajar con la chica muerta lo había impresionado.

Nunca antes había visto un muerto; hay que decirlo. Cuando se le murió el abuelo, *el Rafael*, como le decían en la familia, que había llegado de Oleiros, España, no lo dejaron asistir al velatorio para que no se impresionara, y cuando se le murió el padre, él solito se quedó en la puerta de la casa funeraria, como haciendo guardia, hasta que cerraron el cajón y lo llevaron al cementerio. Cuando en la fuerza se hablaba de la impresión que causaba el primer muerto, se referían al que había matado uno, no al cadáver que se encuentra por casualidad. Sentía como mariposas en el estómago, como dicen que ocurre cuando uno está enamorado. Pero él ni había estado enamorado ni había visto un muerto antes y sentía como mariposas. Mariposas o murciélagos. De la comisaría le habían avisado a él porque patrullaba a pie la avenida Pedro de Mendoza; si no, hubieran ido directamente el fiscal y los suyos. Creyeron que podría con todo, porque tenía veintiséis años y era de Tauro, y ser taurino es sinónimo de fortaleza. Eso le había dicho una vecina. La carta astral no se la había podido hacer porque no tenía idea de a qué hora había nacido; la madre lo había parido en la casa y se había olvidado de mirar el reloj. Había sido por la tarde, la tardecita, nadie sabía con exactitud. Además, después de dos años de pandemia, los mayores en la fuerza no querían trabajar; no tenían ganas de seguir aguantando el cemento gris y el calor inusual de esos días.

El oficial a cargo les abrió las puertas de la Morgue Judicial

a los paramédicos, que llevaban en la camilla la bolsa negra que contenía a la joven. Antes, una persona; ahora, un despojo dentro de una bolsa de nailon. Es lo que somos.

El agente Reyes se presentó con sus notas y el parte sobre la occisa. Aunque al principio se refirió al cuerpo como «el occiso», por lo que tuvo que corregirse. Cuando la doctora Teresita Souza salió a recibirlo, él se puso colorado como un adolescente. ¿Lo recordaría de cuando se habían visto en el merendero policial, o de cuando había sido la cerveza? Al verle el vientre abultado, volvió a recordar que ella ni siquiera había revelado el nombre del padre de esa criatura en formación; debía ser, como todos decían, un tipo de alto rango. Tal vez, el jefe mismo de la Policía Federal, ese que nada más le rinde cuentas al presidente de la nación.

A la forense no le llamó la atención que él estuviera trabado, corto de palabras y rojo de pies a cabeza; sabía que, afuera de su ámbito helado, hacían treinta y seis o treinta y siete grados, que la sensación térmica debía ser terrible, que el pavimento refractaba el calor, y hay quien dice que al anochecer la temperatura era más tórrida que durante el día. Debería ser al revés, pero de un tiempo a esta parte el calor y la gente están por demás locos.

—Agente Rafael Patricio Reyes, Comisaría 24. Fui el primero en llegar ante la alerta de cuerpo en el Riachuelo.

—Hay que tener mala suerte para estar de guardia hoy y encontrarse con semejante regalito.

—Un chofer llamó desde el Uber, vio un bulto flotar a la altura del viejo Puente Avellaneda y, dadas las dimensiones que tenía, le pareció anormal.

—Los del Uber tienen todos muy buena vista, es un hecho. Creo que lo leí en un foro de Yahoo o algo por el estilo, y no se debe a que Uber les tome una prueba especial de visión para manejar, cosa que me suena bastante lógica después de todo, sino, y ojo, capaz que esto es racista... —la forense masticó aquello que iba a decir—, seguro que es racista: los conductores de Uber casi siempre son refugiados ilegales de algún país en guerra o de Venezuela, por ejemplo, y no provienen de grandes ciudades, sino de la selva y los montes, donde los acechan las fieras y otros peligros y... Creo que estoy diciendo cualquier cosa, a veces me pasa que tengo un ataque de verborragia: paso demasiado tiempo en silencio acá adentro... Imagine que ni loca me pondría a hablar en voz alta acá, con ellos guardados... ¿Y si alguno me contesta? Me infarto, me muero yo también —murmuró Teresita y ocultó una arcada. Desde que había ingresado en el séptimo mes, los cadáveres le daban ganas de vomitar. No podía evitarlo: deformación profesional—. ¿Qué hay?

—Una joven de entre veinte y treinta años, identidad desconocida, hallada en las aguas. Presuntamente suicidio o una caída accidental bajo los efectos del alcohol. —Reyes largó todo casi sin respirar. Así le había enseñado el cura en el catecismo que debía recitarse el credo, sin pensar, de un tirón.

—¿Eso quién lo dice?

—El fiscal Pyzik.

—Debería meterse la lengua en el culo, con perdón.

Reyes miró hacia otro lado; no le gustaba que las mujeres soltaran palabrotas.

—Porque, si él lo sabe todo con un simple vistazo, ¿para qué trabajo yo? ¿No?

El agente asintió.

—¿Usted retiró el cuerpo del agua?

—No. Lo sostuve con una caña hasta que llegaron a asistirme y pudo ser retirado.

—¿Le hizo algún daño?

—Tengo bastante aguante —respondió Reyes.

—Si le hizo algún daño visible al cadáver.

—Ah, no... Creo que no.

—¿Quiere un té? Acá nomás puedo convidarlo con un té, Reyes. Aparte, usted está de servicio. Pero a veces veo cosas..., imagino cosas que... Hace poco, para pedir una cerveza en lata, tuve que jurar que tenía un antojo y el bebé me iba a salir manchado. Cielo o Bernardo, no sé el sexo de mi hijo. No lo quiero saber; me gustan algunas cosas a la antigua.

Reyes la miró pensativo. ¿Debería ofrecerle una cerveza?

—¿Quiere...? —empezó a decir, pero la duda pudo más y la frase murió a medio camino. Como la chica de la bolsa.

—¿Por qué dice Pyzik que es un suicidio? Hay tanto hijo de puta suelto...

—Debe ser por la experiencia que tiene.

—Debe ser porque es un pelotudo. Como sea, por más autopsia que le practique, el laboratorio no abre hasta el lunes 3 de enero, y los resultados llevan entre dos días y una semana. Habría que averiguar quién es esta pobre alma antes. ¿Quién se ocupará de eso?



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN MISS MARPLE

**Cada historia es un desafío:
un puzzle intelectual que invita
a unirse en la búsqueda de pistas
y la revelación de secretos.**

**La agudeza y el ingenio del
misterio clásico dieron paso a
la mejor y más astuta detective
de todos los tiempos, de la mano
maestra de Agatha Christie.
Prepárate para sumergirte en
mundos donde la lógica y la
intuición se unen en la caza
del crimen perfecto.**



The Orlando Books surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

Donde las páginas cobran vida.



THEORLANDOBOOKS

www.theorlandobooks.com



THE ORLANDO BOOKS

